

SUSCRICION

Madrid: 2 pesetas al mes; 6 id. trimestre.
 Provincias: 7,50 id.
 Extranjero y Ultramar: seis meses, 5 pesos fuertes en oro.
 Número suelto: una peseta 50 céntimos.

La Ilustracion de los Niños

OFICINAS

Fuencarral, 3, principal
 MADRID

No se sirve suscripcion cuyo pago no se anticipe.
 Anuncios y esquelas de defunciones de niños á precios convencionales.



SUMARIO

I. Una esperanza para la patria.—**II.** Meditacion.—**III.** La envidiosa Lucía.—**IV.** La niña princesa y la paloma.—**V.** Mas consejos.—**VI.** Las dos almas.—**VII.** Lecciones familiares.—**VIII.** La ley de compensacion.—**IX.** Espectáculos y suelto.

UNA ESPERANZA

PARA LA PATRIA

Decididamente, la esperanza es lo último que pierde el hombre.

Pasan los años dejando tras sí recuerdos indelebles, más ó menos gratos al espíritu; piérdense las ilusiones de color de rosa que en días venturosos sonreían á la mente; desaparece la fuerza con el transcurso de los tiempos; pero la esperanza no se aparta nunca de la criatura, siquiera presencie el espectáculo de desmoronarse el edificio de sus sueños como colina de arena socavada por el viento.

Pero hay esperanzas más ó menos fundadas, mejor ó peor basadas en el modo de ser y en las circunstancias especiales del individuo.

Cuando la pasión, sea del género que fuere, ciega el conocimiento de la evidencia, no hay razón, no hay fuerza, por poderosa que ésta sea, que desarraigue del corazón la tendencia á esperar un cambio, un incidente bastante capaz á volver por comple-

to del revés lo que la Naturaleza ha creado de ciertas condiciones.

En este estado se encuentran los padres que, guiados por un exajerado ó tal vez falso amor hácia sus hijos, interpretan por gracias lo que, hablando en lenguaje vulgar, es de muy mala sombra, ó creen hallar en sus tiernos vástagos gérmenes de grandes hombres ó levadura de genios inmortales.

Alfredito es un niño que, si no le cortan los vuelos de la imaginacion, concluirá por eclipsar á todos los colosales talentos que han existido en el mundo.

En primer lugar ha cumplido catorce años, y es tal su desarrollo físico, que cualquiera diría que tiene siete ú ocho á lo sumo.

Anduvo á gatas hasta los seis, siendo un modelo de suciedad y bellaquería desde mucho tiempo antes de entrar en el uso de la razon, si es que puede decirse que alguna vez la tuvo.

Su abuela (porque tiene abuela), alaba todas las obras hijas de su ingenio, como, verbi-gracia, romper todos los papeles del despacho de papá, con tan buena suerte, que siempre tropezaba para sus *razzias* con pagarés, recibos, carpetas, cupones, etc., y nunca, ni por equivocacion, echaba mano de *La Correspondencia* ni del papel de los garbanzos.

Siempre que pretendía verse la cara (que era tan hermosa como sus gracias), en el tintero de plata del despacho, concluía por inundar de tinta la alfombra, los libros talonarios y hasta los marcos de los cuadros.

Y á todo esto su abuelita, entusiasmada por la alegría que semejantes travesuras causaban en su alma, le colmaba de besos y le ponderaba á las visitas de la casa como un genio en agraz, como un hombre ya hecho y derecho que sabia más que Lepe.

Escusado es decir que al papá y á la mamá se les caía la baba al ver los progresos de su hijo en todas las esferas del saber humano.

Por lo tocante á bellas artes, nadie le aventajaba en veinte leguas á la redonda en pintar con tinta ó carbon las paredes, cuadros y cortinajes, haciendo figuras de tan indisputable mérito, que habia que tirar á la calle todo cuanto tocase su mano.

En música era una notabilidad; el piano estaba siempre roto por sus proezas, y cuando le daba por tocar alguno de los pitos que formaban su coleccion filarmónica, era cosa de tener que emigrar á Cochinchina los desgraciados oyentes.

En arquitectura sobresalia en extremo, pues nadie como él para agujerear paredes, prender fuego á puertas y ventanas, quitar ladrillos y romper chimeneas.

Era, en fin, un sábio para su abuela, para su papá y para su mamá. Pero los amigos y visitas de la casa, eran tan raros, que todos dieron en la flor de no poder ver al muchacho, ni siquiera en efigie.

Tan aplicadito salió que, apenas llevaba seis años de escuela, cuando ya sabia distinguir la *o* de la *i*.

El no llegó nunca á aprender el Padre-nuestro, pero en compensacion sabia decir palabras mal sonantes, insultar groseramente al que le reprendía y apedrear á los pobres y decrépitos ancianos.

Sus padres le llamaban en seguida cuando alguna visita entraba para que dijese alguna gracia, que consistia, por lo general, en echarse á llorar de la manera más insoportable, ó en decir una desvergüenza.

Y no es esto lo peor, sino que, segun está constituida nuestra sociedad, nadie puede decir lo que siente ni demostrar lo que piensa; así es que la persona que tenia la desgracia de oír cualquier *agudeza* de Alfredito, debia aplaudir con todas sus fuerzas, reirse, entusiasmarse y hasta comprometerse á publicarlo en los periódicos, sopena de pasar por un grosero para aquella familia.

¡Parece mentira que haya padres tan ciegos, tan ignorantes, tan desconsiderados, que no conozcan las grandes faltas de sus hijos!

Los de Alfredito, no solamente creen de todo corazon que tienen una alhaja, sino que esperan que en el porvenir los habrá de colmar de gloria y de ventura.

Alfredito es para ellos una esperanza.

De tal manera esperan en las bellas dotes y cualidades de su hijo, que confían en verle hecho un *archipámpano* de la pátria.

Y en esto tal vez no se equivoquen,

porque ha salido el niño de la misma madera de casi todos los que han disfrutado en el mundo de grandes empleos, títulos y honores.

Pero yo creo, y esto es una opinion mia solamente, que la abuelita morirá, los papás descenderán tambien al sepulcro, y Alfredito, que no tiene más bienes de fortuna que su talento, conseguirá, por lo ménos, una plaza de barquillero del Prado ó de vendedor de *El Imparcial*, si es que la suerte no se ladea más y va á convertirse en *mico* en el célebre patio del Saladero.

Son las consecuencias naturales de la desidia, de la desaplicacion y de los malos instintos, no contenidos á tiempo.

¡Cuánto daño causan los padres á los hijos con sus injustificadas condescendencias!

¡Mentira parece que haya quien confunda el santo cariño que debe profesarse á un hijo, con la desastrosa aquiescencia á todos sus caprichos, á todos sus vicios.

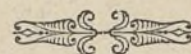
Grande es la responsabilidad de esos padres débiles que no tienen fuerza de carácter para cortar de raíz los malos hábitos de sus hijos.

La sociedad obra con cordura al anatematizar esta conducta paterna, que sólo puede producir seres que la deshonran.

Ejemplos como el de Alfredito y sus papás hay pocos, pero, por desgracia, todavía existen.

Para estos padres indolentes no debe haber compasion, porque no es solamente á sus hijos á quienes pierden culpablemente, sino á la sociedad, en cuyo seno introducen miembros podridos, que ningun fruto sazonado pueden producir.

JOSÉ NOVI Y PEREDA



MEDITACION

—
Cuando contemplo, Dios mio,
en sus abismos profundos
á la concha de los mundos,
al misterioso vacío,
velar su mágico seno
con tules de la tormenta,
para que el réprobo sienta
tu augusta voz en el trueno,
crece el pavor
en mi levisimo sér,

y ante tu inmenso poder
toco mi nada, Señor.

—
Cuando en tu cólera suma
al escribir mi sentencia
es del rayo la violencia
solo un rasgo de tu pluma,
y sobre el mundo liviano,
en eterno diluvio,
veo que arrojas el mar
hecho polvo por tu mano,
hondo terror
siento en mis venas correr,
y ante tu inmenso poder
toco mi nada, Señor.

—
Cuando el frenético Atlante
sacude sus ondas rotas,
si sus espaldas azotas
con tu látigo gigante,
y humillando la cabeza,
de sus playas al cercado
escupe, desesperado,
la espuma de su fiereza,
dominador
te dejas al mundo ver,
y ante tu vasto poder
toco mi nada, Señor.

—
Cuando despliega su vuelo
el iris de azul y rosa,
esa inmensa mariposa
de los jardines del cielo,
y con el aire, no más,
del ala de tus Querubes
haces rodar á las nubes,
que te vengáran quizás,
siento el amor
en mis entrañas crecer,
y ante tu inmenso poder
cobro esperanza, Señor.

—
Cuando la noche sombría
recoge su negro manto
para que vierta su llanto
de perlas el nuevo día,
y del sol en los fulgores,
nuncios de paz y reposo,
envías, siempre amoroso,
tus sonrisas á las flores,
busco el vigor
que purifica á mi sér,
y ante tu inmenso poder
logro encontrarle, Señor.

—
Cuando en rica primavera
la rugiente catarata
se rompe en hilos de plata
para bordar la pradera,
y la magnífica altura,
al beso del aura leve,
rasga las tocas de nieve
que veláran su hermosura,
¡Alto Señor!
quisiérate merecer,
y á influjo de tu poder
me siento mucho mayor.

TIMOTEO DOMINGO PALACIO

LA ENVIDIOSA LUCÍA

CUENTO

Los señores de Arias vivían en Madrid disfrutando de todos los gozos que proporcionan la juventud, la riqueza y la dicha del hogar, y dedicados completamente al cuidado y educación de sus tres preciosos hijos, dos niñas y un niño, tan buenos como hermosos. Pero ya es sabido que no hay cielo sin nubes ni felicidad sin algún pesar, por pequeño que este sea; aquel dichoso matrimonio veía un punto negro que temían creciera en el porvenir hasta convertirse en sombrío nubarrón que destruyera para siempre su envidiable ventura. Su hija primogénita, la más linda, la más querida, mostraba cada vez con mayor violencia los fatales efectos de la envidia, esa vil pasión que hace de los niños pequeños traidores y de los hombres grandes miserables. Ella dejaba ver á cada momento un odio naciente, sí, pero desde luego criminal, hacía sus hermanitos; palidecía si los elogiaban; trémula y convulsa los arrancaba de los brazos de sus padres cuando estos los acariciaban; con mirada torva y fruncido ceño seguía sus movimientos todos, dispuesta á descubrir sus pequeñas faltas y á delatar sus inocentes travesuras. En continua guerra con ellos, turbaba la paz de aquel tranquilo hogar y constituía la sola nube de tan sereno horizonte.

—¡Pobre hija mía!—solía decir la joven madre.—Si Dios no lo remedia, vá á ser uno de esos desdichados verdugos de sí mismos y oprobio de sus familias!

Una tarde lluviosa de invierno, varios niños jugaban con los que nos ocupan en abrigada sala y al amor de acariciadora lumbre. Cuando la infantil asamblea se hubo cansado de jugar, pidió á coro un cuento que los distrajera á la amable señora de Arias; ésta, deseosa de tenerlos quietos, no se hizo de rogar, y con su acostumbrada bondad, se expresó así:

—Escuchadme, hijos míos, con atención, y sacad de lo que vais á oír algún provecho, que hay cuentos que en realidad no son tales, sino hechos verdaderos que encierran buenos ejemplos.

Desde pequeños, debeis acostumbraros á guardar en vuestras almas, cual fecunda semilla, y á grabar en vuestras tiernas inteligencias, los ejemplos morales y nobles máximas que envueltas en ligera forma os presentan los que con fé digna de mejor premio se dedican á enseñar deleitando. A alguno de vosotros le podrá servir lo que os voy á contar.

.....
Erase una niña tan dominada por la fea pasión de la envidia, que en su casa nadie la podía sufrir; maltrataba á sus hermanos, se irritaba porque los querían; creía siempre lo mejor lo que á ellos compraban ó regalaban, y lo suyo lo más malo; se enfadaba por todo, y tan insoportable se hizo, que para librarse de aquel enemigo de su propio hogar, tuvieron sus padres que ponerla en un colegio,

donde apenas la veían. Lucía, que así se llamaba la envidiosa niña, se dió bien pronto á conocer en el colegio, y á toda prisa siguió el curso de sus tristes hazañas. Tan envidiosa allí como en su casa, detestaba á todas sus compañeras y las espiaba continuamente para impedir sus diversiones y delatar sus faltas, lo que atraía sobre las inocentes niñas regaños y castigos. Como es natural, todas se alejaron de ella, dándole los nombres de envidiosa y acusona, y la dejaron sola con sus negros sentimientos, hasta el punto de que en la clase ninguna quería sentarse á su lado, y en el recreo huían del sitio que ocupaba. Sin una amiga, sin una compañera que con ella jugara, siempre sola, siempre aislada, su vida era tristísima; ¿pero, creéis, niños míos, que ella reconocía la causa de su desdicha? No tal. La envidia es tan ciega que no se conoce nunca á sí misma.

Lucía acusaba á las demás de sus propios defectos; miraba su aislamiento como una atroz injusticia, y su odio crecía, crecían su rencor y sus malos deseos. Los premios y alabanzas que las demás niñas recibían irritaban su ánimo y aumentaban su fatal envidia.

—¿Por qué no las imitaba, para ser premiada también?—preguntó uno de los niños.

—¡Ah, hijo mío, entonces no sería envidia, sino noble emulación! No confundais jamás dos cosas tan distintas. La emulación desea llegar donde el que más; pero por medio del constante trabajo y la santa virtud, amando y venerando los modelos que desea imitar. La envidia, inepta y ciega, odia cuanto vale algo, porque nada puede ser; quiere elevarse sobre el mundo todo, no con el trabajo y la virtud, sino por el rencor y la venganza; sierpe venenosa, intenta enroscarse sigilosamente al cuerpo humano para clavarle su agudo aguijón y vencer matando; incapaz para subir, desea que baje el orbe entero y sobre él alzarse soberbia, cual pigmeo subido á gigante pedestal. La persona envidiosa aborrece hasta al sol que nos alumbra, porque no brilla para ella sola, y á serle posible, lo encerraría de manera que nadie más recibiera sus benéficos rayos, así como destruiría con un soplo el poder, la fortuna, la gloria, la dicha, todo cuanto nos sonríe y vé tan lejos de su torpe mano.

Más volvamos á Lucía.

La perversa niña aborrecía más á las mejores alumnas del colegio, y en particular á una que por sus bellas cualidades era querida de todas y distinguida por sus maestras, razones suficientes para que ella deseara hacerle algún daño, y sólo aguardaba ocasión para ejecutar su fatal pensamiento.

Lucía se dedicó á espiar sin ser vista á la que deseaba hacer su víctima, y el éxito coronó bien pronto su plan. Un día descubrió que mientras las demás niñas jugaban en el recreo, aquella que espiaba iba á su cuarto, sacaba de oculto escondite un objeto cubierto con blanco paño, salía con cautela del jardín, el cual atravesaba cuidando de no ser vista, recorría en toda su extensión la inmediata huerta, y á pocos pasos entraba en una pobre

cabaña que todos creían abandonada. Satánico rayo de placer brilló en los torvos ojos de Lucía ante semejante hallazgo. ¿Qué podía significar el escondite y el llevar ocultos objetos con tanto misterio á solitaria cabaña? Su odio lo tradujo á su manera.

—¿Qué ha de ser?—se dijo,—que tiene el vicio de coger lo que encuentra de su gusto y lo esconde en sitio seguro.

Más satisfecha que un niño con su primer premio, vió durante tres días repetir á la niña la misma operación, y segura ya de que no había sido casual, se fué derecha á contar á la directora del colegio lo que había visto y lo que estaba segura significaba tan extraño misterio.

La directora vacilaba en creer culpable á una niña de tan buenas condiciones; más deseosa de descubrir la verdad, resolvió sorprenderla al día siguiente en la cabaña.

—Mañana iré,—dijo,—y conmigo tú y las niñas mayores, para que presencien su vergüenza, si es lo que piensas, y la tuya, si has calumniado á una inocente.

Al inmediato día, ocultas en la habitación contigua, la vieron coger su envoltorio y salir.

Ya no podía caber duda; lo habían visto.

Triste la directora por la decepción sufrida, tristes las niñas, que querían mucho á su compañera, y Lucía triunfante y satisfecha, siguieron, así que calcularon era tiempo, el camino de la pobre cabaña.

Cuando en ella penetraron quedaron sorprendidas ante el cuadro interesante y extraño que á sus ojos se ofreció. Sobre endeble jergón yacía una pálida y demacrada anciana medio incorporada y sostenida por la perseguida niña, la cual le presentaba alimentos que la anciana comía con delicia. Parecían el ángel de la caridad velando junto al indigente.

La directora se detuvo asombrada; la noble niña tembló al ver descubierto su secreto, y la anciana, por un movimiento instintivo, atrajo hacia sí á su protectora y extendió los brazos como para defenderla.

—Es mi ángel bueno,—exclamó con temblorosa voz.—Inutilizada de pronto para todo trabajo, me refugié en esta cabaña abandonada, y á esta santa criatura debo la existencia; ella me socorre y me consuela.

—¿Por qué te escondías entonces?—preguntó la directora procurando dominar su emoción.

—Ignorando si á Vd. parecería bien que la trajera alimento, guardaba todos los días parte de mi ración, que traía escondiéndome por evitar las burlas de algunas de mis compañeras. Conozco que he hecho mal en no contar con Vd.; pero de rodillas la pido me perdone y me permita seguir amparándola.

Y la angelical niña, que tan sublime acto de caridad ejecutaba, cayó de rodillas pidiendo aún perdón.

La directora no trató ya de contener sus lágrimas.

—Alza, hija mía,—dijo con ternura,—que no es ese tu sitio. Bendigo al cielo que tan nobles sentimientos ha puesto en tí. Desde

hoy serás el modelo de mi colegio y la hija querida de mi alma.

Al hablar así, la estrechaba apasionadamente contra su pecho.

—Y Vd., pobre anciana,—añadió,—viva tranquila, que ahora seremos dos para socorrerla.

Las niñas, vivamente conmovidas, abrazaban y felicitaban á su compañera.

La directora se volvió grave y severa hacia Lucía que, avergonzada y convulsa, no se atrevía á alzar la vista.

—Ven, Lucía, dijo,—mira cara á cara á Berta, si te atreves, y pídele perdón por tu villano pensamiento.

Lucía se mordía furiosa los labios, hasta destrozarlos; pero no abrió los ojos.

—Esta te ha delatado,—murmuró una de las niñas,—porque suponía venías á ocultar algo que robabas.

—¿Qué castigo quieres para ella?—preguntó la directora.

—¡Oh! ninguno, señora,—repuso con la dulzura de un ángel.—¿Qué más castigo que tener un alma tan mezquina y tan bajos sentimientos? Yo la perdono.

—Aquí teneis, hijas mías,—exclamó la ilustrada señora,—aquí teneis personificadas las dos tendencias quemás tarde vereis luchar en el mundo. Berta, la virtud con su heroísmo, su abnegación y su generosidad; Lucía, el mal, con su traidora calumnia, sus odios y mezquinas pasiones. ¡Qué hermosa, qué radiante se os ofrece la primera! Vedla, ¿quién no la adora? ¡Y qué torva, qué repugnante la segunda! Es la imagen de la asquerosa envidia.

—Fuera, fuera la envidiosa y acusona, expúlsela Vd. de su casa,—gritaron las niñas.

Lucía vió todos aquellos ojos amenazadores fijos en ella; la firme mirada de la directora aplastándola bajo su peso; la compasiva sonrisa de Berta; le pareció que hasta la anciana se alzaba para execrarla, toda su sangre afluyó á su cabeza, dió un rugido de rabia y huyendo de aquel tormento, se lanzó á la puerta. Fué tan imprevisto y rápido su movimiento, que cuando quisieron detenerla, ya había ganado el campo, y algunas niñas que corrieron tras ella, la perdieron bien pronto de vista en los espesos matorrales.

Corrió como un gamo impulsada por la fuerza del despecho, corrió con el cabello herizado, la pupila dilatada, y en un estado tal, que no se daba cuenta de lo que hacía ni de lo que veía.

Mas su vertiginosa carrera fué de pronto cortada por insuperables obstáculos. Se encontraba en una especie de plazoleta sin salida y rodeada de alta maleza. Lucía tendió la vista alrededor buscando salida, y retrocedió tan asombrada como estremecida. Había visto en el fondo de la plazoleta una señora vestida de seda, oro y pedrería y rodeada de deslumbrante aureola, que la miraba entre irritada y compasiva, y en cuya extraña aparición reconoció en el acto la imagen que se veneraba en la capilla de su colegio.

—¡La Virgen!—exclamó aterrada.

—Te creías ya en salvo, envidiosa Lucía,

—dijo la imagen,—porque has logrado escapar á la justicia de tus profesoras; pero no contabas con otra justicia más alta, á la que nadie escapa, que es la del cielo. Tu torpe lengua ha calumniado vilmente á un ángel de caridad. La envidia te ha impulsado. Enmudezca tu lengua hasta que tu corazón esté limpio de tan ruin pasión. Así no harás más daño.

Lucía tembló de miedo; quiso defenderse y no logró formular una palabra.

En su angustia buscó amparo á su alrededor, y entre la espesura percibió una horrible cabeza que la miraba con ojos que despedían llamas y en cuya frente se veía satánico resplandor, que la decía:

—Júrame obediencia y yo te protejo y te haré rica, envidiada, poderosa, dueña del mundo.

Lucía, fascinada por tan gratas promesas, avanzó un paso; mas la divina imagen avanzó más y la cubrió con su celeste manto. Entonces la horrible aparición lanzó un grito de rabia y huyó con presteza.

—Tu insensata ceguedad te iba á precipitar en el abismo del mal, infeliz,—prosiguió la Virgen.—Sufre con resignación y al fin serás dichosa, que el sufrimiento es el crisol en que se depuran los humanos sentimientos. El día que te cures de la enfermedad moral que te devora, serás perdonada.

Dijo, y desapareció cual espíritu invisible.

Lucía sintió zumbir sus oídos, oscurecerse su vista y faltar la tierra bajo sus pies; vaciló un instante y rodó sin sentido.

Cuando volvió en sí se encontró en su cama rodeada de sus compañeras. Unos pastores, que la habían encontrado exánime, la condujeron al colegio, suponiendo sería una de las educandas.

La infeliz niña quiso contar cuanto le había ocurrido, excitada por las preguntas que la dirigían, y solo pudo modular un sonido gutural. Estaba muda.

En tan lastimoso estado la mandaron á su casa, y podeis suponer cuánto sufriría la desgraciada y cuánto con su desdicha no haría padecer á sus padres.

Lucía se postraba todos los días de rodillas, y con el pensamiento proclamaba su arrepentimiento y pedía misericordia. Pero como á Dios no es posible engañarle, seguía arrastrando su cruz, porque su corazón no estaba aún limpio.

Así pasó bastantes años y cruzó el límite que separa á la niñez de la juventud. Lo que maestras y sermones no hubieran conseguido, lo logró el tiempo y la reflexión; aislada del mundo por su forzado mutismo, tuvo lugar de pensar, y al fin comprendió cuán justa era la aversión que inspiraba, todo lo mal que había obrado y todo lo execrable de la vil envidia. Entonces se avergonzó verdaderamente de haberla abrigado, lloró lágrimas del corazón, y postrándose de nuevo, dijo con el pensamiento:

—Gracias, Dios mío, por haber iluminado con un rayo de razón mi ofuscada inteligencia. ¡Virgen santa, perdonadme ya. Piedad, piedad!

A la segunda vez que repitió esta palabra, fué pronunciada por sus lábios de una manera clara y precisa. Había recobrado el uso de la palabra.

Lucía corrió á abrazar á sus padres, á sus hermanos, á todo el mundo, loca de alegría y pronunciando un torrente de palabras.

Tan buena é indulgente desde entonces, como intransigente y perversa había sido ántes, fué querida y admirada de cuantos la trataron, y feliz toda su vida.

La señora de Arias terminó su cuento mirando fijamente á su hija mayor.

La niña, tras un instante de vacilacion, se arrojó al cuello de su madre, diciendo con encantadora ingenuidad:

—Yo no quiero ser odiada por todo el mundo, no quiero que la Virgen me castigue. Desde hoy prometo corregirme de la envidia que me hace insufrible. Sí, mamita, no seré mas envidiosa.

Así lo hizo, siguiendo la sábia máxima que aconseja escalear en cabeza agena.

ADELA SANCHEZ CANTOS

LA NIÑA PRINCESA Y LA PALOMA

De la blonda, profusa cabellera de una niña más blanca que la nieve, que miraba el verdor de la pradera con ojos claros, dulces y tranquilos, rizaba, jugueton, el aire leve los rubios, sueltos y ondulantes hilos. Juzgándolos, tal vez, dorada espiga, próbida y llena del gustoso grano que busca de las aves la fatiga, desde el bosque viniendo allí cercano, blanca también, como la niña, asoma, cruzando el cielo azul, una paloma. La niña, al verla, grita alborozada, corre á su encuentro con pueril encanto; el ave, empero, al verse contrariada, su rumbo tuerce, huyendo con espanto.

—Ven, no temas, la niña le decía, no te haré ningún mal, no seas loca; que si tú fueras mía, te diera de comer mi propia boca y entre sedas y mármol y topacio conmigo te alojara un real palacio. Posó, no lejos, en arbusto grande la tímida torcaz, y así le ha dicho: —Inútil, joven bella, es me demande que esclava me haga yo de su capricho y arroyos deje, y valles, y arbolados; perdon, gentil princesa, las semillas prefiero de los prados á los ricos manjares de tu mesa; y á tu régia morada peregrina prefiero, en libertad, la rama espesa de una robusta, añosa y verde encina. —Es cierto, sí, la joven le responde, que, cuanto á veces, el afecto amarra; mas guárdate, infeliz... ¡que no te ronde del milano rapaz la hambrienta garra! —Guárdete Dios también, repuso el ave, de la turba fanática revuelta; no es tu enemigo, niña, menos grave; déjame, pues, que viva libre y suelta. —Libre has de ser; abierta la ventana, podrás, en su amplitud, cruzar el cielo, volar al bosque y, á placer vagando,

tornar después á mi inquietud el vuelo.

Y esto añadió, con singular dulzura, la ingenua joven, llena de ternura:

—No quiero esclavizarte; quiero que á mí te llegues de tal arte, que vengas sólo como amiga buena, para que me ames mucho y para amarte... ¡Verás tú cuánto el corazón se llena! —¡Si eso fuera verdad!...

—¿Por qué lo dudas?

Ven que te bese esta amorosa niña...

—¡Besan entre los hombres tantos Judas!...

—¡Grazna tanto en los aires la rapiña!...

Ven, y toma de manos delicadas las tiernas migas de este pan sabroso.

—¡Ay! ¿Serán, niña, como tú las hadas?...

¡Qué natural el tuyo tan hermoso!

—Ven y come tranquila, sin temores, cual mi canario lindo

cuando viene á picar con mil amores en mi mano el bizcocho que le brindo.

El diálogo siguió de esta manera,

y al cabo la paloma abrió sus alas y hácia la joven las tendió ligera.

Huyó de ricas y fastuosas galas, de pompas y de lujo;

no tuvo miedo al ave carnífera;

pero rindió su natural salvaje

la dulce sencillez, que la sedujo.

¡Quién no presta homenaje

y en el alma su afecto no tributa

con agasajo y fiesta

á la amable virtud, si hasta la bruta

naturaleza irracional lo presta!...

«No ganan, pues, el ánimo sincero

ni atraen la profunda simpatía

del rango ilustre el orgulloso fuero,

ni alcurnia, ni poder, ni jerarquía.

Es la Virtud, con sus graciosos dones,

dulzura, sencillez, bondad y aroma,

quien prende por cariño á la paloma,

quien logra cautivar los corazones.»

ALFONSO E. OLLERO

MAS CONSEJOS

Aun á riesgo de que me señaleis con el apelativo de *bachiller*, voy á proseguir mi tarea ajustado perfectamente al programa de LA ILUSTRACION.

Muchos son los conceptos que, al comenzar, se aglomeran á la mente, y me encuentro perplejo en la eleccion del tema; pero vuestra benevolencia es grande, y en vez de fijaros en la forma, os ruego que analiceis, con reflexion madura, la bondad del fondo, que es lo que importa.

¡Quién supiera escribir! exclama uno de los tipos que el célebre Campoamor escogita para sus inimitables dolores.

¡Quién supiera escribir!... exclamo yo, á mi vez, para pintar los dolores de las víctimas de la irreflexion.

Sí, mis infantiles lectores; el cerebro de muchos hombres no es más que una inmensa *grillera*, en donde se agitan en revuelto torbellino las ideas, sin rumbo ni brújula que las desenvuelva para dirigir bien las acciones.

Y me direis con justicia: siempre, desde el origen del mundo, hubo hombres que no supieron dirigir sus acciones, inspirados por

ideas sazonadas con el peso de la experiencia y de la reflexion, y es verdad; siempre fué falaz el testimonio de los sentidos; pero como aunque le afecte, importan poco á la conveniencia individual los extravíos de los otros, cada uno, por sí, está en el caso de obrar con el criterio racional que Dios le concediera sobre otros seres animados; porque si el conjunto de todas estas partes componentes fuera igualmente apático y descuidado, el todo social sería fatalmente inconcebible.

Procure, pues, cada uno llenar los deberes de su conciencia y ceñirse al trabajo como fuente de prosperidad, y el todo será lo más perfecto posible; concebiremos la existencia de la sociedad, como se instituyó en la creacion.

Y acabo de hacer estas ligeras reflexiones filosóficas para que comprendais que mis observaciones no son vana palabrería; todo lo contrario: creed con firmeza que las cosas que son objeto de mi crítica, son realmente censurables, y que cuando señalo un peligro, existe, en rigor, causa determinante que le anuncia.

Por eso no debeis olvidar que, si la higiene facilita el desarrollo del cuerpo, el estudio desarrolla la inteligencia; que la inteligencia, unida á la voluntad, labra la fortuna del hombre, y que el hombre que carece de fortuna, tal como la vanidad de los unos y las preocupaciones de los otros entienden la sociedad, apenas si puede considerarse hombre.

Para los hombres que visten, como ha dado en llamarse, á lo caballero, están todas las puertas abiertas, todos los mostradores de los comercios dispuestos, por más que bajo aquellas apariencias se oculte un corazón lleno de ponzoña; para los hombres que no pueden mudarse camisa con frecuencia, ni vestir á la moda, solo se abre, y con precauciones, el ventanillo de la puerta de la servidumbre, y no hay dependiente que no retire con desconfianza los géneros de su mostrador, aunque lleno de buena fé se acerque ese hombre á dejarle una ganancia, más ó menos crecida, pero positiva.

El hombre que carece de fortuna no encuentra á su alrededor más que el vacío; le desconocen los parientes ricos, le rechazan los antiguos amigos y vive como el hongo, aislado en el inmenso desierto de la vida; vive solo, devorando en su imaginacion calenturienta las torturas de los desengaños, las amarguras de las privaciones.

Si experimenta hambre y frío, la caridad tiene que alimentarle y vestirle; si enferma, la Beneficencia le prepara el lecho y le facilita los auxilios de la ciencia; y cuando el hombre se somete por la fuerza de las circunstancias á los beneficios sacrosantos de la caridad, ha muerto moralmente para la generalidad de sus semejantes, para aquellos que, engreídos con el oropel de las modernas costumbres, é hinchados con el goce de livianos placeres, olvidan, entre sus extravíos, los preceptos de la religion, y que han de llegar, en plazo más ó menos breve, al golpe certero é inexcusable de la muerte.

Vosotros, mis queridos lectores, habreis te-

nido muchas veces ocasion de observar en el trato social, con qué espontaneidad se atribuyen los vanidosos el parentesco más remoto y la amistad de los héroes y de los sábios, á quienes ni personalmente conocen, y con qué cinismo se oculta la consaguinidad más próxima, hasta el nombre de los padres, cuando el infortunio los hace viejos y pobres.

Para los que juzgan al hombre por sus tesoros, el dinero es talento, honradez y gallardía; en los pobres no ven la belleza, la discrecion ni la honra, sin paran mientes en el origen de aquellos tesoros, ni en que la pobreza es siempre una patente de honradez.

No incurrais vosotros, mis infantiles lectores, en desliz tan horroroso; apreciad al hombre por sus acciones, sometiendo vuestro juicio al frio cálculo, á la razon madura, que hartos ejemplos teneis de lo veleidosa que es la fortuna en esta vida transitoria, y del hondo abismo en que se sumergen los hombres que se dejan seducir por el oro ó por los halagos fascinadores de innobles manifestaciones.

Amad la pobreza mientras el pobre sea laborioso y honrado, y procurando conquistaros una posicion, aunque modesta, independiente, desde vuestro círculo, obrad con justicia, practicad la caridad, y resolved con prudencia en vuestras deliberaciones.

El peso de la reflexion es la brújula que ha de señalaros el norte á donde debeis encaminar vuestras acciones, y si vuestras acciones se acomodan al principio universal de no querer para otro lo que para sí propio se rechaza, sereis hombres de honor, y vuestro crédito será respetado por todos, vuestros derechos serán invulnerables, vuestra persona estará garantida por la sociedad entera.

Reflexionad, pues, antes de proceder, armonizando la razon con el sentimiento, esto es, discurrendo con la mano puesta sobre el corazon, que aunque el testimonio de los sentimientos está sujeto á error y erreis inconsistentemente, la voz del pueblo no osará manchar la pureza de vuestra conciencia, por costumbre y conviccion inclinada al bien.

Obrando así, os abrireis paso á través de las vicisitudes humanas, sin saborear las amarguras de las privaciones, ni sentir las torturas de acerbos engaños.

VICENTE D. BORDANOVA



LAS DOS ALMAS

—¿Adónde vas, alma mia, hácia ese mundo perdido?
—A ser alma de un nacido, la Omnipotencia me envía.
Y tú, alma mia, ¿qué vuelo sigues, ganando la altura?
—Dejo á uno en la sepultura, y voy caminando al cielo.
—Puesto que subes, hermana, y te hallo al bajar al mundo, dime si es... —Un caos profundo, que llaman cárcel humana.
Prosigue, y no tan altiva, hermana, bajas ahora;

porque vas, siendo señora á ser del hombre cautiva.
Que en él, con rumbo perdido, sigue en loco devaneo, cada potencia un deseo y un gusto cada sentido.
Pues de ánsia de goces lleno, busca el oído armonía, el paladar ambrosía é impúdico el tacto, cieno.
Así sus gentes, sin calma van los sentidos gozando, mientras que á merced, flotando, va de los suyos el alma.
Y en rumbos tan desiguales, y en tan contrarios vaivenes, si el alma delira bienes acosan al cuerpo males.
Y amando el cuerpo la tierra, y el alma adorando al cielo, siempre están, en su desvelo, carne y espíritu en guerra.

—Pues si ya, el cielo ganando, dejaste cárcel tan fiera,

¿por qué al aire, compañera, vas esas lágrimas dando?

—Porque hay, hermana, en el suelo seres que tambien se adoran, y que al dejarlos, se lloran como al dejar los del cielo.

—Si el cielo que dejo escalas, y al mundo voy que tú dejas, llevemos, pues, tú mis quejas, y yo tu llanto en las alas.

Y al mundo, adonde me alejo, cuando le muestre tu llanto, muestra mis ayes en tanto al cielo hermoso que dejo.

Y ya que fatídico arde de mi cautiverio el día, queda adios, hermana mia.

—Hermana mia, Él te guarde.

RAMON DE CAMPOAMOR.



LECCIONES FAMILIARES,

POR

D. TEODORO GUERRERO

IV

EL HONOR

Á TEODORO

Pocas palabras, hijo mio, encontrarás mejor definidas en el Diccionario de la lengua y peor interpretadas en el diccionario del mundo. Sucede con frecuencia que á algunas voces, sea porque el mal uso de ellas corrompa su sentido, sea porque el vulgo no llegue á aceptarlas en su genuina representacion, se les dá mayor latitud que la que en sí tienen. El honor no es más que una virtud del hombre que le impide cometer acciones contrarias á su dignidad personal; y para que esto sea verdad, necesita esa virtud tener la generalidad de todas las virtudes.

¿Lo cree así el mundo?—Voy á probarte lo contrario, y ojalá que mi leccion sea para tí tan provechosa que llegue á juzgarte algun día como quiero que seas: intachable en todos los actos públicos y privados de tu vida.—Eso es el honor.

El hombre que practica las virtudes, que dá á cada uno lo suyo, que cumple estrictamente sus compromisos, que no atropella al pequeño ni adula al grande, que no mancha sus lábios con la inícuca mentira ni con la vil calumnia, que tiende la mano al desvalido, que respeta la mujer del prójimo, que no deslustra el candor con infames seducciones, que vive más para su casa que para el mundo y que sabe hacerse respetar, el primero entre los deberes sociales, ese es un hombre de honor.

La mujer que conserva intacta su honestidad, que hace gala de recato, envaneciéndose con la buena opinion que le proporcionan estas virtudes, que ajusta los actos de su vida á los severos preceptos de la religion, que lleva sin mancha el nombre de sus ancianos padres, que se consagra toda al cuidado y educacion de sus hijos, que guarda en su corazon el amor de su esposo y luce con orgullo en la frente el apellido con que la honró, que no sueña con más felicidad que la del hogar, que no presume, que no murmura, que no engaña, esa es una mujer honrada.

Cualquiera de esas condiciones que falte destruye el mérito de las demás; la simple apariencia dá pábulo á errados juicios; no basta ser bueno; es preciso probarlo para que no se levante la duda á destruir el efecto de los merecimientos personales. La mancha más ligera hace perder el valor de muchos quilates al mejor diamante.

Abre la Biblia y encontrarás un ejemplo elocuentísimo; David, el rey de Israel, el escogido de Dios, el padre del sabio Salomon, perdió la gracia del Señor por una accion mala; la carta de David que Uriás llevó á Joab, fué el borron de sus glorias.

Cuando entres en el mundo, te aturdirá el grito de los hombres pregonando las excelencias del honor para enaltecer á los que han de cruzarse en tu camino; pero vive muy avisado para no dejarte deslumbrar con el encanto de la palabrería, ni desvanecer con el humo del incienso.

Antes de abrir tu corazon á esos hombres, examina sus actos públicos y privados, para convencerte de que son dignos de aprecio; y si un paso, un solo paso, los desvía de alguno de los diferentes senderos que conducen al camino del honor, evita su trato, para que no te arrastren á tu perdicion. Desgraciadamente, es más poderosa la atraccion del vicio que la de la virtud; y esto se explica bien: el vicio embalsama las flores, despues de envenenarlas, y la virtud clava las espinas, escondiendo su riquísimo perfume.

En el mundo, hijo mio, hallarás muchas veces el triunfo de los errores; pero esto no te desaliente, que por encima de ese triunfo hay otro glorioso y verdadero: el de la conciencia que nunca se equivoca. ¿Qué importa que el mundo, eso que han dado en llamar mundo y no es más que un grupo de embusteros, se empeñe en preconizar lo que no entiende, desvirtuando el valor de los buenos principios de la sana moral, para coronar frentes indignas, si hay un juez en el cielo cuya rectitud y sabiduría nadie desconoce?

Eso no es el mundo; eso es la maldad que

ensalza sus propios actos para disculpar la torpe conducta de los pérfidos. No te alarmes por el juicio público; el juicio público no lo forma ese monton de vocingleros que flamean una bandera donde han escrito la palabra *honor* para que sirva de escudo á sus errores.

Al perverso que lleva la deshonra al seno de una familia, abusando de la confianza que le dispensaron, se le llama hombre de honor, porque, al pedirle cuentas, desenvaina la espada con insolencia, dispuesto á clavarla en el pecho del padre ultrajado ó del esposo ofendido. ¡Qué aberracion, hijo mio!... ¡Espántate de esa manera de discurrir, y sobre todo, de esa manera de obrar! ¡Eso equivale á subordinar el honor á la audacia de un malvado! ¡Eso equivale á glorificar dos crímenes!

Al tramposo que abusa de la buena fé de los crédulos ó de los hombres de generoso corazon y evade el pago de las cantidades que le prestaron para socorrer supuestas necesidades apremiantes, buscando así en la estafa lo que debia encontrar en el trabajo, se le considera hombre de honor cuando se dá por ofendido de que se le hagan justas reclamaciones y pone su pecho delante del cañon de una pistola: á esto llaman despreciar la vida, sin tener en cuenta que lo que se desprecia es el mismo honor que se toma en boca.

¡Y ese menguado juicio público considera tambien hombre de honor al insensato que anda por las calles buscando pretexto en un tropezon casual ó en una mirada equívoca para hacer alarde de valor mal entendido, puesto que el insolente retador no vá al campo á obtener el triunfo de una lucha de esfuerzo, sino á sacrificar la víctima que entrega su vida á una mano experimentada!

¡No, hijo mio! ¡Mil veces no! El honor no se conquista en el duelo, tradicion de los tiempos de la barbarie; no te dejes llevar por las falsas teorías de los que en la sociedad quieren dictar leyes contra el sentido comun para imponer el imperio de la fuerza, idea contraria al progreso de que blasonan. Las leyes divinas y las leyes humanas rechazan esa manera de dirimir contiendas entre los hombres; nadie puede hacerse justicia por su mano; no olvides este proverbio, basado en las palabras del Salvador al Apóstol San Pedro: *el que á hierro mata, á hierro muere*.

Y aunque es bastante esa razon, salida de tan autorizados lábios, ten presente las consideraciones que voy á exponerte:—¿Cuál es el resultado de un duelo?—Vencido ó vencedor, tu existencia física y tu existencia moral quedan destruidas para siempre.

Vencido, exhalas el postrer suspiro, sin acordarte de que hay un Dios á quien debes dar cuenta de tu conducta al dejar esta vida; muriendo impenitente, encuentras cerradas las puertas del cielo y te privas de gozar de las inefables delicias de la gloria, única esperanza de los mortales.

Vencedor, vuelves al mundo á recoger el aplauso de los nécios que te precipitaron al crimen; pero despues arrastrarás una existencia combatida por el fantasma del remordimiento, viendo siempre delante de tus ojos la sombra de la víctima, y oyendo el ¡ay! des-

garrador que se escapó de su boca en el momento de perpetrar el delito; en tus manos quedará impresa una mancha de sangre, y el sueño consolador huirá de tus párpados para hacerte maldecir el error que te extravió.

Y nunca me digas que el duelo es una de las necesidades de la sociedad: el hombre prudente no se vé expuesto á ese trance funestísimo: respeta á los demás y te respetarán: hé ahí el secreto de la seguridad personal. Las preocupaciones del vulgo no deben elevarse á la categoria de leyes, porque se desquiciaria el edificio de la sociedad, perfectamente construido, por más que digan lo contrario los mal llamados filósofos de los cafés.

El duelo es ó asesinato ó suicidio; y el suicidio y el asesinato son dos delitos que encontrarás en todos los Códigos penales del mundo.

No es permitido á los hombres formar un cuerpo de leyes para la práctica y luego inventar teorías que las destruyan. Muchas veces lo he repetido en mis lecciones: la verdad no es más que una.

Se ha escapado de mi pluma la palabra suicidio, y tengo que detenerme ante ella, porque los detractores de la ley divina han dado en considerar ese acto de locura como consecuencia lógica del honor. Dios y la justicia humana, obedeciendo su precepto, disponen de la vida que aquel nos dá; el amor á la existencia es tan grande, que solo los dementes atentan á ella; invocar el honor para que sirva de disculpa á ese delito, es absurdo que ya no acepta la razon.

Matarse, no es, no puede ser, acto de valor; esto lo han probado los filósofos más profundos y la lectura de sus páginas será eficaz para convencerte. El valor consiste en hacer frente con resignacion á las mayores contrariedades para triunfar. La muerte, en ese caso, no es más que un minuto; pero un minuto que te niega la felicidad eterna. Esta se alcanza con el sufrimiento y la fé cristiana; es preciso guardar en el alma la conviccion de que Dios prueba á las criaturas, pero no las abandona.

El suicidio y el duelo son los dos crímenes más espantosos para el que los comete, porque cierran el alma al arrepentimiento.

La conciencia es la vanguardia del honor.

El mundo, el verdadero mundo, no se equivoca al juzgar al hombre; en la frente lleva cada cual escrita su honra, y no es posible grabar tan sublime palabra en las frentes degradadas.

La degradacion es el olvido de todo; y se degrada el que quiere imponer su perversidad, torciendo las leyes de la naturaleza, á las cuales aplica el hombre las que dicta.

El honor, hijo mio, es rectitud de principios. Mañana velarás por tu dignidad, no olvidando que las acciones humanas son estrellas que han de alumbrar tu camino y el de tus hijos, que heredarán tus virtudes, pues la gloria que produce una buena reputacion trasciende á la familia. Tu honor no es tuyo; es el honor de tu padre: es el honor de tus hijos.

Intacto te lo entrego; intacto has de transmitirlo á tu sucesion.

(Se continuará.)

LA LEY DE COMPENSACION

I

Viene al mundo la criatura y aquellos que el sér le han dado, la educan con gran ternura y solícito cuidado.

Y en aquel niño inocente que les ha otorgado el cielo, fijan, á cual más vehemente, su acrisolado desvelo.

En tanto, de día en día, el hijo vá progresando, y sus padres, á porfía, se están en su amor mirando.

Y con desmedido afán, abnegacion y heroismo, para él trabajando están sin el más leve egoismo.

¡Qué inauditas privaciones sufren hasta verle un hombre!... pues todas sus ambiciones las cifran en darle un nombre.

¡Qué cariño hay en el mundo que al de un padre igualar pueda, ni más puro?... ¡es sin segundo, y no hay otro que le exceda!

El pensamiento que fijo le domina y le recrea, es que todo para el hijo del amor paternal sea.

II

Ved en el niño de ayer hoy un hombre de provecho, que ya sabe comprender en el mundo su derecho.

Tiene talento, carrera, y es el sosten de la casa; mas ¡ay! como por la esfera el tiempo en balde no pasa,

Vé á sus padres que achacosos van, por días, descendiendo y marchando presurosos á la tumba, envejeciendo.

Y el amor filial responde de la gratitud al grito; porque es lo que corresponde, cuando está en el alma escrito.

Con nobleza devolver cuanto á los padres se debe; es el natural deber que al buen hijo siempre mueve.

Recompensar con usura á aquellos que el sér le dieron, y hacer con filial ternura lo que ellos por él hicieron.

III

Aquel jóven cariñoso que ayer se hallaba soltero, es hoy excelente esposo y padre, y buen compañero.

Recuerda cuando era niño los cuidados que tenían sus padres, como el cariño que por él mostrar sabian.

Hay un nieto... son abuelos... y pues viven juntamente en familia, los desvelos que por él sintieron, siente.

Al ver que en su nuevo estado le otorga un hijo el Destino, y recordando el pasado, sigue por igual camino.

Y en aquel hogar ameno mira correr la existencia, ante un porvenir sereno y tranquila su conciencia.

Niños: es la gratitud en el hombre bien nacido, afecto de magnitud si es, cual debe, agradecido.

Es la escala de la vida: ¡feliz quien tiene la gloria, al ver la suya cumplida, dejar honrada memoria!...

Sirva de noble atributo al infantil corazon; no olvideis que es un tributo, la ley de compensacion.

FAUSTINO JOUVE

ESPECTACULOS

No puede quejarse el público madrileño de la falta de espectáculos en esta última quincena.

El que más recuerdos ha debido dejar en la mente de todos, es sin duda alguna el de la nieve que cual blanco sudario cubrió las calles y cercanías de la corte, dando lugar á resbalones sin cuento, bandos municipales y gacetillas más ó menos salpimentadas en la tercera plana de más de veinte periódicos.

Apesar de esto, los teatros no han estado inactivos.

El código del honor es un drama estrenado en el Español el 22 del pasado.

Todos sabemos el *cassus-belli* á que dió márgen la repartición de papeles cuando D. Leopoldo Cano, autor de la obra, presentó ésta á la empresa del coliseo de la plaza de Santa Ana.

Poco ménos que cuestion de gabinete fué el zanjamiento del asunto, que dió por resultado el alejamiento de la escena de las señoritas Mendoza Tenorio y Contreras.

Todo el mundo esperaba con ansia la hora de saborear las delicias de la última producción del señor Cano.

El ilustre autor de *La opinión pública* ha demostrado una vez más las bellas dotes que le adornan como poeta; mas, como autor dramático, háse interpuesto entre el público y su figura cierta sombra de frialdad, debida á haber quedado defraudadas las esperanzas que todos los amantes de las grandes concepciones artísticas habían concebido, dada la aureola de gloria que ostenta ya en sus sienes el Sr. Cano. Respecto de la interpretación, nada tengo que decir porque mis lectores saben cómo se portan en la escena artistas tan eminentes como las señoritas Mendoza Tenorio, señora Marín y señores Vico, Jiménez, Fernández y Calvo.

El bonito teatro de la calle de Alcalá ha estrenado una zarzuela original del Sr. Tormo, música del conocido compositor Sr. Nieto, cuyo título es *Amor y gloria*.

El autor es un joven poeta de diez y nueve años, y esto basta para comprender la inesperienza y falta de interés de que la obra adolece.

Sin embargo, ha demostrado que en el día de mañana puede alcanzar un buen puesto como autor dramático, porque tiene sentimiento, facilidad é inventiva.

La representación nada dejó que desear, distinguiéndose muy especialmente la beneficiada, señorita Soler Di-Franco, y los señores Ferrer y Blanquells.

La repetición de esta obra atrae bastante concurrencia al teatro de Apolo.

Las Follies Arderius dieron por terminada la temporada; poniéndose en escena la popular zarzuela de gran espectáculo *El siglo que viene*.

D. Francisco Arderius, fundador y propagador de los Bufos, que tan populares se hicieron doce años

atrás, se ha alejado para siempre de la escena, cargado de laureles, y, lo que es más positivo, de metálico.

Desde las columnas de esta Revista dirijo también mi adiós de despedida al inteligente, laborioso y honrado director de compañía que á costa de tantos años de fatigas y trabajos ha logrado hacer una fortuna, dando pan y asegurando el porvenir á muchas familias de industriales y de obreros.

El coliseo de Lara sigue favorecido por la distin-

do *Artistas á cala*, en que se lucen extraordinariamente los Sres. Rihuet y Bosch.

El activo empresario del teatro de Jovellanos no cesa en su propósito de reunir todo lo más notable y que más llame la atención del público.

La compañía Baretta-Dorst es una prueba de ello; los concurrentes no pueden ménos de admirar la agilidad, soltura y precisión de todos los individuos que componen aquella.

Creo de todas veras que el digno empresario de la Zarzuela ha de obtener pingües resultados con la compañía Baretta-Dorst.



SRTA. D.ª LAURA DIAZ.

guida concurrencia que no se cansa de admirar las bellísimas obras que se ponen en escena.

La última estrenada es un juguete titulado *Entre hombres*, original de los Sres. Navarro y Gorriz.

El argumento, sumamente sencillo, está cuajado de chistes y de enredos, que valen un triunfo á la señora Valverde y á la Fernández Lozano.

El teatro de la Zarzuela sigue también siendo el predilecto del público.

Ha gustado mucho un juguete cómico-lírico titula-

El teatro Martín, que ha dividido en secciones sus espectáculos, se ve muy concurrido todas las noches.

Son sumamente aplaudidas las obras *Un asesinato*, *Un corazón sin raíces* y *Según ley*.

Los bailes de máscaras del Circo de Price son el centro de reunión de la parte más distinguida de la sociedad madrileña.

La música es tan selecta, tan esmerado el servicio y tan confortables todas las dependencias, que el público siente trascorrir dulcemente las horas en aquella magnífica sala.

El Sr. Parish puede estar orgulloso de la innovación que ha introducido en esta corte, convirtiendo su circo en centro de deleite y recreo de todas las personas cultas.

ADELINA MARK

Hemos recibido el número de la *France Illustré*, correspondiente al 15 del pasado mes, periódico hebdomadario ilustrado que ve la luz en la capital de la vecina república.

En los siete años que cuenta de existencia, su director L. Abbé Roussel ha sabido colocar esta revista en primera línea de las de su género, así por lo instructivo y ameno de su lectura, como por la profusión de excelentes grabados que contienen sus páginas.

El director de la *France* no omite sacrificio para corresponder á las más exageradas pretensiones de sus numerosos lectores, y les obsequia, periódicamente, con

volúmenes recreativos y de educación, historietas interesantes y obras del teatro moderno.

Recomendamos este importante periódico á los amantes del arte y á los de la bella literatura, y les remitimos al anuncio inserto en nuestra última plana, en donde se estampan las condiciones de la suscripción.

R. Velasco, impresor. Rubio, 20